

La era de la austeridad*

Alain Parguez**

Resumen

La austeridad es una política permanente, a través de la cual un gobierno intenta recortar el gasto doméstico agregado lo suficiente, a fin de ajustar la economía a las llamadas leyes del mercado. Está comprobado que lo que realmente está en juego en los programas de austeridad es la capacidad de un gobierno para el control de los mercados financieros. Se muestra que austeridad es culpable del aumento del desempleo y en el largo plazo del casi estancamiento de la economía. También es responsable de la creciente desestabilización de los mercados financieros.

Abstract

Austerity is a permanent policy through which a government tries to cut enough aggregate domestic spending so as to adjust the economy to the so-called market laws. It is proved that what is really at stake in austerity programs is the ability for a government to control de financial markets. It is shown that austerity is guilty of the growth of unemployment, and of the long run the quasi stagnation of the economy. It is also responsible for the increasing destabilization of financial markets.

Los gobiernos que renuncian a una política de pleno empleo son esclavos de ideas caducas, decía Keynes.¹ Él soñó con una época

* Publicado por primera vez en español en la revista Investigación Económica, 201, julio-septiembre de 1992, pp. 45-63. Tomado de *Economie Appliquée*, tomo XLII, núm. 1. Traducción de Alberto Supelano; revisión de Luis Lorente. Transcripción de Lia Nákid Cordero y Roberto Gutiérrez Torres.

** Profesor Emérito, Universidad de Besaçon, Francia. Recibió en 2013 el Reconocimiento Maestra Ifigenia Martínez, otorgado por el Centro de Estudios e Investigación en Economía Financiera, Facultad de Economía, UNAM.

¹ Este célebre pasaje de la Teoría General (p. 383) es uno de los más profundos.

en la que, liberados de todo *a priori*, conducidos por unos intereses materiales bien entendidos, los gobiernos podrían adoptar buenas políticas económicas (que diesen prioridad al pleno empleo) puesto que comprenderían los principios del universo económico real (la economía monetaria de producción). Es claro que Keynes tenía una visión platónica de la política económica (Fitzgibbons, 1998).² Creía que si los gobiernos, sus expertos y todos los economistas oficiales llegaban a poner en duda todas sus ideas *a priori*, descubrirían las leyes de la economía positiva, es decir, el principio de la demanda efectiva, y se convencerían de la necesidad de que su objetivo fuera el pleno empleo de los recursos. Para Keynes, los gobiernos serían pragmáticos, se atenderían a los hechos, si renunciaban a la economía clásica heredada de Ricardo.³

Los gobernantes y los expertos hacen gala de pragmatismo en los años ochenta. Como prueba de que se han liberado de todos los *a priori* aducen que sólo son “simples administradores”. Cualquiera que haya penetrado en la visión de Keynes se inquieta ante tales afirmaciones, pues Keynes no confunde lo pragmático con la administración. En el corazón de la visión de Keynes hay una crítica radical a la ideología de la gestión.⁴ Como administrador, el gobernante cree en la doctrina de la escasez; debe repartir de la mejor forma un fondo de capital surgido de la abstinencia que él impone, mediante el *rigor* de su gestión, sobre el cuerpo social, no puede concebir la creación de riquezas, no puede imaginar más que

² En la actualidad, la obra de Fitzgibbons es definitiva para comprender a Keynes.

³ Los herederos de Ricardo no pueden comprender el mundo real, puesto que niegan el papel de la moneda crediticia. Para Keynes, no pueden ser pragmáticos: son ideólogos.

⁴ Keynes no cesa de repetir esta crítica a la ideología gestionaría. *Administrar* en el sentido *ortodoxo*, es lo contrario de anticipar el porvenir.

su reparto. Si actúan como administradores, los gobernantes no son unos pragmáticos que aplican las leyes positivas de la economía; al contrario, son los esclavos de una concepción *a priori* de la sociedad que es la misma de la economía política clásica. Los administradores empobrecen la sociedad, administran mal porque ignoran sus principios. En términos modernos, los gobernantes “administradores” desean someter a unas sociedades que funcionan según un modelo de “acumulación por el crédito” a la camisa de fuerza de un régimen de “acumulación por el tributo”.

¿Qué desean los gobernantes de los años ochenta? Comprimir los déficit presupuestales, aumentar los beneficios a costa de reducir los salarios, incitar a una mayor abstinencia, neutralizar el dinero al tiempo que apoyan la expansión de los mercados financieros. Ninguno de estos objetivos tiene sentido en la economía monetaria de producción que describió Keynes. Una de las primeras recomendaciones de Keynes a los gobernantes fue la de disminuir las tasas de interés hasta un nivel que fuera compatible con el pleno empleo. Pensaba que el poder de los rentistas, es decir, de quienes controlan el capital financiero e imponen una *escasez artificial*, debería ser *neutralizado*. Todos los gobernantes posteriores a los años setenta se precipitan en una carrera de elevación de las tasas de interés. Lejos de aplicarles la eutanasia keynesiana, las políticas económicas restablecen las prerrogativas de los rentistas.

Los gobernantes de los años ochenta son los esclavos de una visión del mundo, de una ideología que suscita falsos problemas (los déficit presupuestales que explicaría la elevación de las tasas de interés), para hacer olvidar los verdaderos problemas (el desempleo y el derroche de los recursos productivos). Esta ideología es la

doctrina de la austeridad que se impone, tal como la *inquisición*, a todos los gobiernos y sus expertos.⁵

*

La austeridad moderna es un régimen permanente impuesto por el Estado a la sociedad civil para limitar su gasto con el fin de forzarla a adaptarse a las leyes del mercado. Estas leyes operan gracias a una competencia sin trabas entre las naciones, en los mercados de mercancías y de capitales financieros. El principio de la austeridad consiste en racionar permanentemente los medios de gasto de los agentes nacionales para permitir que la nación gane todo lo posible en la competencia a *muerte* en los mercados. La austeridad no tiene nada que ver con las políticas de ajuste coyuntural que antes se proponían para frenar la expansión cuando la sociedad alcanzaba la frontera de pleno empleo de sus recursos productivo (Tabla 1).

Desaparece la idea misma de pleno empleo. El único nivel de empleo concebible es el que *toleren* los mercados. A muy largo plazo, cuanto más competitiva sea la sociedad, más puede producir con éxito y más crece el empleo que los mercados tolerarán como “normal”. Su competitividad crece con la penuria de los medios que instituye la austeridad. Entonces, será necesario que esta competitividad se mantenga para que el mercado tolere un aumento del empleo. La doctrina de la austeridad consagra el olvido de Keynes y el triunfo de Hayek. Hayek denunció el escándalo de la *Teoría General*: Keynes pone en duda la escasez como principio

⁵ Inquisición, puesto que el simple hecho de dudar de la austeridad choca. Francia es el país donde esta inquisición es más coactiva.

fundamental de la economía positiva.⁶ La austeridad es más *Hayekiana que Hayek* al proponer como ley básica el siguiente enunciado:

bloquear al máximo la capacidad de gasto de los agentes internos es el único objetivo, la razón de ser de la política económica. Cuanto más reducidos sean sus medios de gasto, más se puede enriquecer la sociedad.

Tabla 1

	<i>Políticas de ajuste</i>	<i>Austeridad</i>
Razón de ser	Prevenir el exceso de gastos en relación con el pleno empleo de los recursos.	La sociedad tiende espontáneamente a sustraerse a las leyes del mercado. Sólo las respeta si está sometida a la <i>escasez</i> .
Papel del objetivo de pleno empleo	Reconocido. El Estado debe permitir la convergencia hacia el pleno empleo.	Ninguno. Querer pleno empleo es desconocer las leyes del mercado. El único nivel de empleo aceptable es el que buenamente otorgue el mercado.
Duración	Transitoria Corto plazo	Duradera Largo plazo Nunca se deroga
Universalidad	No. Tienen su momento preciso. No se cree que todas las economías deban estar sometidas a una política de restricción del gasto.	Sí Todos los países deben aplicar la austeridad.

⁶ Hayek es perfectamente consciente de la profundidad de la teoría keynesiana del capital. Su debate recae sobre la escasez. Para Hayek, negar la escasez es negar toda visión tradicional de la economía, esto es, introducir la libertad total. Negar la escasez es escandaloso. Sobre esta cuestión véase Parguez (1989b).

Para justificar esta política económica paradójica, que empobrece para enriquecer, se invoca la metamorfosis *objetiva* de la economía. Las naciones protegidas de Keynes dejan de existir;⁷ por efecto del libre cambio, se metamorfosean en naciones-empresa comprometidas en una competencia sin piedad. La paradoja será legitimada con la “restauración” de la competencia, que se convertirá en una restricción *objetiva*.

La austeridad se deduce de una visión *a priori* de la competencia. Supongamos dadas las tasas de cambio. En esta visión, cada empresa-nación debe esforzarse en vender el máximo posible a las otras y en comprarles lo menos que pueda. El mercado *evalúa* un éxito: evalúa la posibilidad de un exceso permanente de exportaciones sobre importaciones. Para lograrlo, cada empresa-nación debe jugarse el todo comprimiendo su gasto interno con respecto al de sus competidores. En esta concepción, bajar el gasto interno (estando dado el de los competidores) es la clave de la competitividad:

- Se reduce el riesgo pagado para producir, el costo de producción. Los precios de los productos pueden bajar en relación con los precios de los competidores, lo que debe atraer la demanda del mercado.
- Se reducen las compras de productos extranjeros, lo cual refuerza la competitividad. El éxito exige que se actúe sobre todas las fuentes de gasto: el ingreso que pagan los empresarios para producir y el gasto neto del gobierno.
- De paso, se evitaría una inflación de demanda que reduciría la competitividad según las reglas del mercado.

⁷ Keynes siempre tuvo en cuenta el sector externo, incluso en la Teoría General. Keynes no está en contra de los intercambios internacionales: está en contra de la *mística* del libre cambio.

Esta visión de la competencia es radicalmente antikeynesiana, puesto que excluye que el nivel del gasto jamás pueda impedir la realización de las expectativas. Postula la Ley de Say en los mercados de mercancías, pues esta concepción sólo se legitima si la economía mundial se rige por tres propiedades que siempre deben cumplirse:

1. Toda producción que las empresas de una nación ofrecen en los mercados crea el gasto que la compra si, y solamente si, el país oferente está sometido a la austeridad.
2. Cuanto más disminuya su gasto interno un país oferente en relación a sus competidores, tanto más crece entre sus competidores el gasto que absorberá la oferta del primero.
3. La austeridad de los competidores jamás es un obstáculo para un país oferente. Para cada país, siempre hay un nivel de gasto interno suficientemente bajo para que sus competidores externos decidan proveer el gasto necesario.

En este mundo la austeridad siempre es benéfica. La competencia desata una carrera hacia la austeridad entre los países:

Toda ganancia es precaria, es puesta en cuestión por la austeridad de los demás.

Para mantenerla, es necesario comprimir más el gasto interno, hasta que desaparezca la ventaja de los competidores. Éstos, a su vez, deben responder con una austeridad reforzada, justo lo necesario para proteger su competitividad, etcétera.

En esta carrera para comprimir el gasto interno jamás puede surgir la falta de gasto que desataría un proceso acumulativo de deflación. La Ley de Say se restaura en su forma más extrema, la que Keynes criticó como ajena a la economía positiva,⁸ a la economía de los

⁸ Keynes siempre puso en duda la Ley de Say que niega el principio de la demanda efectiva.

empresarios. La austeridad es una visión *circular* de la economía que *ignora* las leyes positivas de la economía sintetizadas en el principio de la demanda efectiva:

la concepción ultraclásica (Ley de Say) justifica la paradoja ultrahayekiana que, a su vez, apoya la misma Ley de Say (cuanto más reduce el gasto interno un Estado, tanto más adecúa su sociedad al mercado y tanto más ésta puede ganar en ese mercado).

Crear en la austeridad e imponerla es estar esclavizado por una visión metafísica del mercado y de la competencia.⁹ El mercado sería el lugar donde las leyes del circuito quedan en suspenso. En el mundo real, las naciones en competencia comprimen el gasto global; cada uno juega al despojo de los demás y, a la larga, al propio. ¡Pero en el mercado nadie pierde! El mercado creará *ex nihilo* el gasto que comprará la oferta de quienes juegan su juego. La austeridad es el acto de fe en el mercado que enriquece a los jugadores *prorrata* de sus esfuerzos para administrar la sociedad según sus leyes. Estas evaluaciones se expresan en todo momento en tasas de cambio de las monedas referidas a la unidad de cuenta dada. Estas tasas de intercambio de unas monedas por otras se fijan en el mercado de cambios, uno de los mercados que asegura la circulación de los capitales financieros, un mercado crucial puesto que garantiza la circulación financiera entre las naciones.

La doctrina de la austeridad restaura la vieja teoría de la paridad de los poderes de compra en la forma de una “teoría de la paridad de las austeridades”. Esta teoría enuncia que, en un mercado de cambios *libres* (es decir, con libre circulación de capitales financieros):

⁹ Esta metafísica de la competencia inquietó a Keynes. La competencia sólo es benéfica si induce nuevos gastos. Combinar la competencia con la austeridad es abandonar el pleno empleo.

La estructura de las tasas de cambio refleja la intensidad de las políticas de austeridad. Cuanto más capaz sea una nación de comprimir su gasto en relación con sus competidores, más se revalúa su divisa frente a las demás, más crece el poder de compra de su moneda en términos de bienes y activos extranjeros, más puede *ganar* en la competencia.

De esta visión del mercado de cambios se deducen las reglas de la política de tasas de cambio, que es la piedra de toque de la austeridad moderna:

1. Una nación sólo puede salir ganando cuando el mercado revalúa el poder de compra de su divisa en relación con las demás. Esto significa que gana más compitiendo en los mercados de bienes reales. También obtendrá más y más capital financiero en los mercados de capital. Para una nación bien administrada, el principal objetivo es aumentar su participación en el reparto de los fondos mundiales de capital. Más financiación *sana* queda entonces disponible para invertir conforme al mercado; las tasas de interés deberán bajar, lo que suscita una búsqueda de inversiones *sanas*; la tasa de cambio de la divisa continuará elevándose y se producirá el proceso acumulativo “virtuoso” con el que sueñan los partidarios de la austeridad:

Austeridad interna aprobada por el mercado de cambios

Aumento de la tasa de cambio.

Afluencia de capital que eleva más la tasa de cambio.

Crecimiento *sano* sin inflación.

El mercado de cambios justificaría así la visión ultrahayekiana de la acumulación, pues reparte los fondos de capital según las necesidades de competencia. En cada país el mercado de cambios permitiría coordinar el *ahorro* (fracción disponible de los fondos mundiales de capital) con la inversión.

2. Una nación siempre sale perjudicada con la depreciación de su moneda. La devaluación está proscrita, por alta que sea la tasa de desempleo. La austeridad moderna restaura la ortodoxia churchilliana de los años veinte. En los años ochenta, Rueff triunfa sobre Keynes.¹⁰

¹⁰ La ortodoxia salarial en Francia de hoy le debe todo a Rueff. La ortodoxia monetaria también.

3. Cada Estado estima la tasa de cambio que evaluará las mejores oportunidades de su sociedad para ganar en la competencia. Debe persuadir al mercado de que esa tasa de cambio *normal* es la que evalúa correctamente la aptitud de su país para competir. La austeridad es el fundamento de la intervención de los gobiernos en el mercado. Por elevada que sea la tasa normal de cambio, existe siempre un grado de contracción del gasto interno que convencerá al mercado para que apueste sobre dicha tasa de cambio. Tan pronto el mercado duda de la sinceridad de un gobierno, deprecia su moneda. La tasa efectiva de cambio cae por debajo del nivel que se juzga normal y el gobierno reacciona reforzando la austeridad, efectuando la contracción del gasto que debería dar seguridad y confianza al mercado.

La austeridad moderna sólo se concibe en un sistema de mercados con cambios libres pero *orientados*, que no es ni el antiguo régimen de cambios fijos ni tampoco un verdadero régimen de mercados libres sin intervención de los gobiernos (Tabla 2).

La famosa “restricción externa” no existe más que en este régimen de mercado libre orientado. Cada gobierno pretende seducir al mercado, proyectando la imagen más halagüeña de su economía en relación con las normas de evaluación del mercado. Con este juego, los gobernantes esclavizan su economía al mercado. Cuanto más engañosa sea la imagen, más absoluta es la esclavitud, más intensa la restricción. Es tan fuerte en la Inglaterra churchilliana de los años veinte como en la Francia de los años ochenta. Este juego entre gobiernos y mercado explica la carrera hacia la austeridad. Esto hace que el mercado sea cada vez más exigente. El mercado de cambios controla hoy toda la circulación del capital financiero a escala mundial. Todos los mercados nacionales de capitales son simples engranajes del mercado de cambios. Para el mercado sólo importan los rendimientos efectivos del capital en cada uno de los mercados nacionales. El mercado reevalúa la divisa del país A en relación con la del país B cuando apuesta a que la transferencia de

capital de B a A será una fuente de ganancias. Se conciben dos modos de apuesta (Tabla 3).

Tabla 2

<i>Sistema puro de cambios fijos</i>	<i>Sistema puro de cambios libres</i>	<i>Mercados orientados</i>
Nada de libre cambio de capitales	Libre cambio de capitales	Libre cambio
Ningún rol del mercado de cambios	El mercado por sí mismo establece la tasa de cambio	El mercado establece la tasa de cambio
El Estado fija la tasa de cambio	Ninguna intervención para orientar el mercado	El mercado constantemente es orientado por los gobiernos, que desean que establezca las tasas de cambio normales
Nada de austeridad en el sentido moderno	Nada de austeridad en el sentido moderno	Carrera hacia la austeridad
Economía dirigida	Nada de dirigismo	Dirigismo “liberal” en nombre del mercado

Tabla 3

<i>I</i> <i>Modo dinámico</i>	<i>II</i> <i>Modo rentista</i>
Se prevé un aumento de rendimientos en A porque se espera un crecimiento	Quienes prevén un crecimiento en A piensan que bajarán los rendimientos
La divisa de A no se deprecia	La divisa de A pierde valor

Y se impone el modo II. A medida que el mercado anticipa el mayor crecimiento en A, tanto más cree que la inflación depreciará los capitales colocados en A y más reacciona desvalorizando la divisa de A. Los gobiernos han asegurado el predominio del modo II. Cada vez que el gobierno de A sospecha que habrá una depreciación de su divisa, reacciona adelantándose a las exigencias del mercado y redobla la austeridad para disminuir el crecimiento o

hasta para hacerlo desaparecer. El aumento de la tasa de interés es crucial en este juego, pues permite transmitir dos mensajes al mercado:

- Si dicho aumento es suficientemente drástico, los rendimientos efectivos (*netos* después de descontar los efectos de la inflación) crecen por encima de su nivel en los otros países.
- Anuncia el retorno al orden, es decir, a la contracción de todos los gastos que no se adecúan al modelo impuesto por el mercado. También permite apostar a una baja de la inflación garantizada por el crecimiento del paro.

De esta manera, el juego de los gobiernos siempre da razón al mercado y todos los involucrados quedan cada vez más convencidos de la exactitud de su visión:

- Recuperación económica en A.
- Mayor inflación.
- Depreciación de la divisa.
- Medidas correctivas en A que refuerzan la austeridad; aumento de las tasas de interés y mayores ganancias para el capital en los mercados de A.

Este círculo vicioso de ilusiones y acciones que las vuelven realidad ignora cada vez más las necesidades de la economía real. En la economía real, el déficit presupuestal es un factor de enriquecimiento.¹¹ Para el partidario del mercado, siempre es una fuente de empobrecimiento, pues tan pronto crece el déficit, el mercado tiende a depreciar la divisa hasta que la Banca Central responde aumentando las tasas de interés. El mercado comprueba

¹¹ El partidario del mercado teme el déficit, puesto que sostendría una actividad gubernamental que arruinaría su visión del Orden; sobre este punto, véase Greider (1987).

entonces que había buenas razones para temer el déficit y que siempre puede ganar si persiste en su convicción.

La austeridad revela su verdadera naturaleza: es un régimen permanente de contracción del gasto para modelar cada sociedad según las conveniencias del mercado internacional de capital. La austeridad reconcilia el libre cambio de capitales con el dirigismo de los gobiernos. La austeridad moderna es un liberalismo que habría asombrado a Smith y a Ricardo, e incluso a Hayek, por dos principales características:

1. Legítima y refuerza el poder de control del Estado en nombre del mercado de capitales. ¡En aras de este objetivo, la política económica escapa a toda discusión!
2. No se preocupa del crecimiento de la riqueza, de buscar un reajuste por lo alto. La función de la austeridad consiste en empobrecer a las sociedades lo suficiente para mantener la estabilidad de los mercados financieros. El mercado en sí se encarna en el mercado de cambios. Este no recompensa a quien aumente el empleo sino a quien consiga una mayor disminución de su gasto interno. En este régimen, la competencia sólo puede producir ajustes hacia abajo.

La austeridad restaura la ley de bronce de los salarios y la realiza bajo la forma de una *ley de bronce del gasto interno*. La causa última del desempleo, para una estructura dada de tasas de cambio, no sería otra que un nivel elevado del gasto en relación con los principales competidores. Si aquéllos consiguieran congelar su gasto en un nivel bastante bajo, sería necesario reducir el ingreso *per cápita* y llevarlo al mismo nivel de subsistencia simplemente para impedir que el desempleo aumente demasiado. En la visión del mundo de la doctrina pura de la austeridad, los países más competitivos son los que evitan por más largo tiempo el crecimiento de su gasto *per cápita*: Japón, los famosos nuevos países industriales de Asia, y, en el seno de la Comunidad

Económica Europea, Alemania y sobre todo España. El gasto per cápita en estos países señalaría el mínimo de subsistencia hacia el cual todos los demás deberían acercarse con sus políticas de austeridad. La competencia por la distribución del capital financiero refuerza esta Ley de Bronce debido a la carrera de revaluaciones que desata. Cuanto más revalúe el mercado la divisa de un país, tanto más crece la brecha con respecto a los países más competitivos, y más hay que reducir los gastos en moneda nacional, comenzando por los ingresos de los asalariados. Así, Rueff y Pigou triunfan sobre Keynes y Kalecki. En los años ochenta se cree más en Rueff de lo que se le creyó en los años veinte.¹²

La austeridad es una visión del mundo de un *pesimismo absoluto*. Excluye toda esperanza de mejorar el nivel de vida para la mayoría de la población de todos los países. Si el nivel de subsistencia no varía, el sólo mantenimiento del nivel de desempleo sería pagado con la caída a largo plazo del gasto nacional en cada uno de los países competidores, gasto evaluado en la unidad de cuenta internacional de referencia. Pero como este nivel puede *disminuir* por la actividad de los Nuevos Países Industriales, o por la incorporación de nuevos miembros a este grupo, entonces, la contracción de los gastos va de la mano con un crecimiento del desempleo a largo plazo.

Para evitar la paradoja (el libre cambio es bueno aunque todos pierdan) deben plantearse tres argumentos que son la “concha” protectora de la austeridad.

¹² En Francia, sobre todo, ningún experto pone en duda la ley de Rueff.

1. No existen alternativas. El libre cambio es una *fatalidad*, puesto que sólo éste establece el reino del mercado. El libre cambio no se concibe sin libre cambio de capitales.
2. De lo anterior se deduce que pierden los que deben perder, puesto que éstos gastan demasiado en relación con su productividad, exceso que se debe evaluar comparándolo con el mínimo de subsistencia. El argumento es el adagio “los perdedores vivían por encima de sus verdaderos medios; sólo perdieron sus ilusiones” que, en los países desarrollados, se aplica a los asalariados, pero que vale colectivamente para los países del Tercer Mundo que no hayan podido metamorfosearse en nuevos países industriales.
3. Algunos pierden para que ganen los que *deben* ganar por su mejor adaptación al mercado. No llama la atención que estas ganancias se realicen sobre todo en los mercados financieros, puesto que estos mercados son la infraestructura del libre cambio.

Estos tres argumentos son perfectamente circulares. Restauran la vieja teoría del fondo de salarios, aquella que Marx denunció en la versión de Nassau-Senior,¹³ para desembocar en el adagio hayekiano de los medios verdaderos y los falsos. El tercer argumento no tiene sentido más que si se considerara un mercado perfecto de capitales a la Hayek; los argumentos 1 y 3 nos devuelven a la concepción metafísica del mercado. Corresponden a una visión ultradarwiniana de la economía: ¡por principio, los ganadores tienen razón, cualesquiera que ellos sean! En el juego económico, debe *haber perdedores* y estos perdedores están equivocados, aunque sean la mayoría. *Nada* puede sustraer el mundo de la austeridad al pesimismo cínico (la razón de los ganadores es siempre la mejor), que es la razón última del antikeynesianismo moderno.

¹³ Sobre este punto, véase Parguez, Seccareccia (1998).

A las cuatro preguntas sobre los fines de la economía, el universo keynesiano y el universo de la austeridad dan respuestas mutuamente excluyentes.

1. ¿Debe inducirse el crecimiento a largo plazo?

Sí, en el universo keynesiano. Este es inducido por las políticas de pleno empleo, que estimulan el gasto de los agentes privados y que lo completan con un gasto de inversión dirigido a las actividades que no interesan a los empresarios privados, todo ello cuando es necesario compensar el desfallecimiento de las apuestas privadas sobre el porvenir de esos mismos empresarios.

No, en el universo de la austeridad. El crecimiento a largo plazo es tan *anormal* que no puede creer en un crecimiento que no engendre inflación y desestabilice los mercados financieros. En este universo, el crecimiento es tan peligroso que es necesario protegerse apostando sobre un porvenir sin expansión. Anticipando este porvenir bloqueado, los gobiernos, con sus Bancos Centrales, imponen tasas de interés suficientemente elevadas para garantizar, *del modo que sea*, la rentabilidad del capital financiero. Al esforzarse por mantener tasas de interés real elevadas, los gobiernos expresan su angustia frente al porvenir y su creciente preferencia por la liquidez. Es legítimo extender este concepto a las políticas monetarias, puesto que expresan la voluntad de asegurar la liquidez de los mercados financieros, protegiendo la valoración de los activos nominales en sus monedas respectivas.

La política monetaria americana, instaurada en 1979 por la Federal Reserve bajo la dirección de Paul Volcker, es el modelo de esta intervención de los Bancos Centrales. Lo prueba el magistral

estudio de Greider (1987): la elevación de la tasa de interés no tenía nada que ver con los déficit presupuestales, ni siquiera con el problema japonés. Paul Volcker *quería* que las tasas de interés subieran hasta un nivel tan elevado que la economía real no pudiese escapar a una drástica recesión; buscaba este resultado para extirpar la inflación y tranquilizar así los mercados financieros que hasta entonces apostaban a la baja del valor de los activos en dólares. La revaluación de los capitales en dólares fue pagada con la terrible recesión de 1981-1982, “la masacre de los inocentes” según Greider. La economía mundial escapó a la deflación acumulativa que habría podido sobrevenir, pero sólo gracias al cambio de la política económica con el aumento de los déficit presupuestales americanos.¹⁴

2. ¿Es la economía de los empresarios un modelo de acumulación por el tributo que empobrece los hogares para asegurar beneficios a las empresas?

Sin duda alguna, en el universo de la austeridad que restaura la ley de la acumulación primitiva. Su concepción del beneficio es un corolario de la Ley de Say Internacional: la única “fuente legítima” del beneficio es una deducción de la capacidad de gasto de los hogares. Y, como el ingreso de los hogares rentistas está protegido a nombre del mercado por la política monetaria, esto significa que la condición necesaria y suficiente del aumento de los beneficios es la disminución de la capacidad de gasto de los asalariados (y más generalmente de todos los hogares no rentistas). La Ley de Say lleva implícita la siguiente visión del beneficio: se pueden reducir los salarios sin perjudicar a las empresas, que terminan ganando

¹⁴ Véase Eisner (1986,1988) y Parguez (1989a)

porque el beneficio es independiente del gasto; aquél no surge más que del reparto de un nivel dado de producto; el beneficio, visto por la austeridad, aparece como una plusvalía o, más bien, como un tributo extraído a los asalariados. No debe asombrar que esta visión haya podido seducir, en Francia, a los expertos socialistas surgidos del marxismo clásico¹⁵ y, en Estados Unidos, a los economistas radicales.¹⁶ En esta seducción, que es una de las razones de la llamada austeridad de izquierda en Francia (el Rigor), se comprueba una profunda contrarrevolución intelectual. Se confunde a Marx y Nassau Senior, la concepción “científica” de la economía del empresario y la visión que Marx calificó de “vulgar”. Una vez admitida esta visión del modelo de acumulación por el tributo, todos los medios son buenos para *racionar* la capacidad del gasto:

- Fruto de la austeridad, la expansión del desempleo quiebra el poder de negociación de los asalariados y liquida el movimiento sindical. Greider, Bluestone y Harrison (1988) comprueban que la liquidación del poder sindical fue el objetivo y el resultado de la estrategia norteamericana de austeridad. En todos los países donde la austeridad fue

¹⁵ Quienes creen en el modelo de exacción de plusvalía sin restricciones del lado de la demanda. Sobre este punto, véase Parguez-Seccareccia(1988).

¹⁶ Quienes explican la crisis como una “profit squeeze”. Los radicales ortodoxos (Bowles-Gordon-Weiskopf, 1983) consideran que el aumento de los salarios y las intervenciones sociales del Estado actúan reduciendo el beneficio. Bluestone y Harrison (1988) mantenían una tesis análoga (capítulo I); explican la pérdida de beneficios por la intensidad de la competencia internacional, pero sin descartar la presión de los salarios (p.206). No debe asombrar que todos los radicales coincidan en denunciar la naturaleza *ilusoria* de la recuperación americana posterior a 1983 fundada, como estuvo, en el crecimiento de la deuda, principalmente de la deuda del gobierno (Bluestone y Harrison, 1988). Este es un caso típico de ortodoxia presupuestal de “izquierda” (véase Parguez-Seccareccia (1988) sobre esta cuestión).

bastante intensa y duró lo suficiente, los asalariados fueron obligados a aceptar aumentos de salarios inferiores a los de su productividad e incluso menores que la tasa de inflación. Así se inicia una tendencia a la reducción del ingreso real del trabajo que se mantiene con el aumento del desempleo. Algunas veces, como sucedió en Estados Unidos, estas políticas se revelan en una tendencia de largo plazo al aumento del ingreso monetario del trabajo, como lo prueban Bluestone y Harrison. La “liquidación del trabajo” no es una consecuencia exclusiva de la “austeridad de derecha”; en Francia se ahonda por una drástica “austeridad de izquierda” a partir de mediados de 1982,¹⁷ que reforzó la “austeridad de derecha” precedente.¹⁸

Con el desempleo, se produce la “redistribución” del producto: la expansión del excedente retenido por las empresas exige, en el mundo de la austeridad, que crezca el “ejército de reserva de los desempleados”

- El crecimiento del desempleo es el resultado que la contracción del gasto acarrea por la austeridad. La elevación de las tasas de interés puede hacer que el crédito se vuelva prohibitivo. Los hogares disminuyen drásticamente su endeudamiento para vivienda y para consumo. Las empresas mismas reducen o retrasan sus planes de inversión; demanda efectiva se contrae y, con ella, su guía para estimar el nivel de producción que juzgaban rentable. La austeridad presupuestal

¹⁷ Véase Coulombe y Parguez (1988).

¹⁸ Véase *Ibid.* Francia es, sin duda, el primer país que adopta la austeridad, hacia los años setenta, con una serie de “planes de estabilización”.

agrava la presión sobre el gasto de los hogares y de las empresas. Su instrumento es la campaña para reducir el déficit del gobierno, lo cual justifica la elevación de los impuestos (por tanto, de los servicios sociales) y la reducción de los gastos. Se comprende por qué, en el mundo de la austeridad, se restaura la antigua ortodoxia presupuestaria.

- Así se desata el proceso acumulativo de contracción que está en el corazón de esta visión de la exacción:

- Austeridad
- Reducción del gasto
- Aumento del desempleo que refuerza la reducción del gasto
- Esperanza de una redistribución a favor de las empresas.

En el universo keynesiano, un proceso semejante sólo puede empobrecer la economía real porque la economía del empresario es un modelo de acumulación por el crédito. El motor del sistema no es el reparto de un producto preexistente y fijo; es la capacidad que tienen los empresarios para anticipar a largo plazo los recursos que necesita una economía en expansión. Sus apuestas dinámicas sobre el porvenir se financian con un *crédito*, y no con unos fondos de capital tributario. Ese crédito es otorgado por los bancos (nacionales y extranjeros) mediante el compromiso de pagar un interés sobre las deudas acumuladas. En este mundo, desde cualquier estado previo del sistema, y para una estructura dada de las tasas de cambio, cuanto más optimistas sean los “animal spirits” de los empresarios con respecto al largo plazo, más querrán gastar en inversión para ofrecer nuevos bienes, tanto más podrán reducir sus costos aumentando la productividad del trabajo sin bajar el empleo, y mayor capacidad tendrán para cargar a sus precios de oferta unos márgenes de beneficio inferiores a los que

desearían sus competidores. Las apuestas sobre el porvenir juegan un papel central en la realización del beneficio. En cualquier estado inicial de una economía nacional, la totalidad de sus empresas se reparten un beneficio que está dado por la identidad de Keynes-Kalecki:

$$\pi = I + dG - Sh - Bc$$

Donde I representa la inversión de las empresas, dG el déficit del gobierno, Sh el ahorro *neto* de los hogares nacionales (que comprende los beneficios de los bancos) y Bc el déficit de la balanza comercial.

De aquí se deduce que una política de austeridad sólo puede servir para reducir los beneficios:

-Al disminuir I , la austeridad acaba con una de las principales fuentes de beneficios.

-Al mermar dG , la austeridad presupuestal agota otra de las grandes fuentes de beneficio. El efecto será tanto más depresivo cuanto mayor proporción de ese dG corresponda a gastos públicos de inversión y a pagos de asalariados con bajas tasas de ahorro.

-Puede hacer que el asalariado ahorre menos, pero como aumenta el ingreso de los rentistas (incluido el beneficio de los bancos) que tienen tasas de ahorro más altas (100% para los bancos)¹⁹ contribuye a elevar el ahorro global.

¹⁹ Sobre este papel de los beneficios bancarios, véase para Francia, Coulombe y Parguez (1988).

-¿Podría decirse al menos que permite frenar el déficit comercial? A corto plazo, sin duda; a largo plazo no, sólo puede acrecentarlo. Para una estructura de tasas de cambio dada, las empresas son cada vez menos competitivas; ofrecen menos bienes nuevos que atraigan el gasto; sus costos de producción crecen, puesto que la productividad del trabajo no puede aumentar más. Es necesario imputar este bloqueo a la disminución de la inversión privada y al insuficiente gasto público invertido en formar capital humano (Eisner, 1986). Cuanto menos dinámicas sean las empresas, mayor será su tentación para exigir márgenes de beneficios más altos. La pérdida de competitividad se plasmará en el nivel de exportaciones –que bajarán- y de importaciones –que sólo podrán aumentar- *lo que reforzará la austeridad.*

-A largo plazo, el efecto negativo sobre el gasto refuerza el efecto sobre la oferta. Todo *esfuerzo* para contraer las importaciones reduce las exportaciones de *otro país*. El libre cambio compromete a las naciones en una carrera para ver cuál reduce más rápido sus importaciones con el fin de resguardar sus beneficios.

3. ¿Es necesario someterse al juicio de los mercados financieros?

Sí, en el mundo concebido por la austeridad. La verdadera realidad de una economía es evaluada por los mercados financieros; se expresa en la evaluación de los activos financieros en su moneda y, por tanto, se resume en la evaluación de su moneda en tanto que divisa en los mercados de cambio. De esta soberanía que se atribuye a los mercados financieros se deduce el secreto de la austeridad:

Asegurar el verdadero crecimiento es hacer todo lo posible para que aumente la evaluación financiera de la economía. Poco importa el precio que deba pagar la economía productiva; la realidad última es financiera

Pero la respuesta es un enfático *no* dentro del universo keynesiano. Otorgar soberanía a los mercados financieros es organizar la metamorfosis de las economías empresariales en una *economía internacional de los rentistas*. Recordemos que Keynes llamaba rentistas al grupo de quienes ejercen un control sobre los mercados financieros y derivan de ahí un ingreso (el interés) tanto mayor cuanto más capaces sean de limitar los medios de gasto que queden a disposición de los agentes del circuito de la producción. La economía de los rentistas es la permanencia de una economía sometida a la voluntad de los rentistas; su condición de existencia es una política monetaria de austeridad y el Banco Central actúa en ella como el rentista en jefe.

La austeridad restaura y refuerza el poder de los rentistas. Su dominio se comprueba:

1. En la carrera hacia la austeridad monetaria, que garantiza un ingreso creciente, neto de la inflación, a quienes detentan los capitales financieros. Los mercados financieros son mercados *protegidos* por los gobiernos. De este modo, parece que el empobrecimiento de los asalariados tiene como contrapartida el enriquecimiento de los rentistas (incluyendo los beneficios bancarios).
2. En la capacidad del mercado financiero para hacer aparecer ganancias de capital, cualquiera que sea el estado de la economía. En un régimen de austeridad, los mercados ignoran cada vez más el largo plazo *real*, su funcionamiento especulativo le permite apostar cada vez más según sus

propias normas de evaluación. Entre estas normas, es primordial el temor a los déficit gubernamentales. Ignorando los efectos *reales* de esos déficit, los mercados financieros apuestan sobre el *desorden* que causarán. Proclamando que los déficit son el peligro más temible, los gobernantes afianzan la convicción de los mercados.

3. En su control de la política de crédito, que es fuente de ganancias efectivas. Las compras se financian cada vez más con crédito. En nombre de la buena gestión, se crea cada vez *menos* dinero para los gastos productivos y *más* para sostener el alza de las cotizaciones financieras.

4. Finalmente, en la prelación que se da a la adquisición de activos financieros. Los mercados se esfuerzan, en cada economía, en permitir el aumento del stock de crédito más allá de lo que permite el endeudamiento nacional. La adquisición de superávit financieros con el excedente comercial permite alcanzar este objetivo. La contrapartida de estos superávit financieros es, de otra parte, el déficit comercial; Eisner (1989) deduce de ahí lo absurdo del argumento de la “dependencia americana con respecto al Japón”. Desde que los rentistas japoneses fueron concientes de sus intereses, saben que gran parte de su riqueza financiera no puede aparecer más que bajo la forma de deudas americanas. No pueden enriquecerse tan rápido como desean más que a condición de aceptar tenencias en dólares. Si el mercado de cambios fuera verdaderamente libre, no podría depreciar mucho el dólar sin arruinar a los rentistas japoneses. La especulación con el dólar ha sido creada por la política desestabilizadora de la Federal Reserve

que desea “proteger” su moneda elevando las tasas de interés.²⁰

4. ¿Puede ser amoral la visión de la economía?

Sí, según la lógica de austeridad moderna. *No*, en la visión keynesiana. Renunciar al pleno empleo, aceptar que todo se sacrifique a favor de los mercados financieros, no es actuar para conseguir la estabilidad de la economía. La economía de los rentistas es un sistema fundamentalmente inestable que sólo puede lograr el empobrecimiento general. Para Keynes, la austeridad prohíbe cualquier orden social legítimo; participa de una visión falaz de la economía y no es más que una *ideología* autojustificatoria de los dirigentes que quieren evadir las restricciones del modelo de acumulación por el crédito, que son las leyes positivas del mundo *real*.²¹

*

Todo lo anterior prueba que la austeridad expresa una *mala* gestión de los dirigentes. La austeridad moderna es mucho más que una simple consecuencia de la crisis. *Ella misma constituye la crisis moderna*. No existe ninguna salida de la crisis sin renunciar a la tentación de la austeridad. En ninguna nación la austeridad ha resuelto algo, en todas ellas lo agravó todo. Es un error creer que la coordinación de las políticas nacionales estabilizará la economía

²⁰ Este razonamiento puede extenderse a otros casos, además del de las relaciones entre Estados Unidos y Japón. Para Francia, Véase Coulombe y Parguez, *op. cit.*

²¹ Una prueba complementaria consiste en que las políticas de bienestar se reducen a distribuir la penuria entre los asalariados para hacer más tolerable la austeridad. *Ese es el tema de la austeridad "de izquierda" en Francia, después de 1983.*

mundial. Las políticas ya están demasiado coordinadas: todos los principales gobiernos se ponen de acuerdo para proteger sus mercados financieros con la austeridad. Su alianza no hará más que asegurar la supervivencia de la economía internacional de los rentistas. La consigna de Keynes es de actualidad: se necesita la eutanasia del poder económico de los rentistas. Seamos entonces keynesianos para hacer la eutanasia de la austeridad.

Referencias bibliográficas

- Bluestone, Barry ; Harrieson, Benett, 1988, *The Great U-Turn, Corporate Restructuring and the Polarizing of America*, New York, Basic Books Inc.
- Bowles, Samuel, David Gordon, Thomas Weiskoff, 1983, *Beyond the Waste Land*, Anchor, New York.
- Coulombe, Serge, Alain Prguez, 1988, “Les Institutions Financières dans le Circuit Dynamique. L’austérité et le Capitalisme Rentier Public en France”, *Economies et Sociétés, Monnaie et Production*, 5, núm. 8, PUG.
- Eisner, Robert, 1986, *How Real is the Federal Deficit*, The Free Press, Macmillan, New York.
- Eisner, Robert, 1989, “Les Déficits budgétaires: de la réthorique à la réalité”, *Economie Appliquée*, núm. 1.
- Fitzgibbons, Athol, 1988, *Keynes’s Vision, A new Political economy*, Clarendon Press, Oxford.
- Greider, William, 1987, *Secrets of the Temple. How the Federal Reserve Runs the Country*, Simon and Schuster, New York.
- Parguez, Alain, 1987, “Introduction à l’Economie de Rentiers”, *Economies et Sociétés, Monnaie et Production*, 4 núm. 9, PUG.

-
- Parguez, Alain, 1989a, “Le Mythe des déficits au regard de la théorie du Circuit”. A paraître dans *Economies et Sociétés, Monnaie et Production*, 4 núm. 6, PUG.
 - Parguez, Alain, 1989b, “Hayek et Keynes face à l’Austérité”, en *Friedrich Hayek*, Gilles Dostaler y Diane Ethier, ed., Economica, Paris.
 - Parguez, Alain y Mario Seccareccia, 1988, “On left-wing neo-Conservatism”, *Studies in Political Economy*, Summer.